This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 06926869 0

NPX
Diaz Dufo

Carlos Díaz Dufóo

B
6141

Cuentos nerviosos

MÉXICO
J. BALLESCÁ Y COMP.ª, SUCESOR
S. Felipe de Jesús, 572
1901

l, Fiction, Mexican

Cuentos nerviosos

Por qué la mató

Y fijando en ella sus grandes pupilas de felino, aquel impasible, que parecía haber absorbido los desalientos de muchas generaciones, tuvo un gesto trágico. Sus labios temblaron un momento, convulsivamente, y por su frente cruzó una sombra siniestra.

Luego, sacudiendo con energía la cabeza:

—¡Te mataría!—dijo, y su voz resonó con estridencias metálicas.

Ella lo miró asombrada, y, cosa rara, anormal, inconcebible, por primera vez lo encontraba hermoso.

Aquel hombrecito vacilante, de color obscuro, mirada como perdida en un sueño lejano; aquel ser débil, asido á la vida por un hilo invisible, de quien la juventud había huído antes de tiempo; aquel triste compañero que alumbraba tenuemente su existencia ansiosa de todos

los grandes cuadros de luz, de todas las ráfagas que pasaban, de todas las palpitaciones y de todos los frenesíes, se le alzaba ahora transfigurado por el dolor, engrandecido por la ira, inflamado por la pasión.

Y con un ademán de soberbia rebeldía, aquel vencido se irguió bruscamente, y á sus ojos se asomó el reflejo de una voluntad inquebrantable.

¡Ah! era tierno y terrible á la vez el espectáculo de aquel eterno martirizado, presa de una inextinguible angustia, que bebía amargamente la vida, frente á una crisis suprema, retorciendo su pobre cuerpo en un espasmo nervioso, extendiendo sus manecillas, trémulas, mientras que por su faz cadavérica, fatigada é indecisa, surcaba un salvaje deseo de acudir al obstáculo y eliminarlo fríamente, sin compasión, sin misericordia!

Y toda su existencia acudió á su memoria, toda una vida gastada estérilmente al lado de aquel hombre taciturno y dulce, al mismo tiempo, sonámbulo del amor, perseguido por extrañas inquietudes, envuelto en impalpables sombras,

con una vaguedad nostálgica en las horas de más completo abandono, con una huella indeleble de sufrimiento, con una tortura reiterada, continua, *morbo* que se agitaba en su espíritu de ave inquieta.

¿Cómo había unido su juventud triunfal y osada á aquella visión temblorosa y frágil? ¿Cómo el rayo del sol se dejó ganar por la niebla? Lo recordaba bien ahora. Fué al principio un capricho pueril, una fantasía baladí; un *diletantismo* malsano, mezcla de curiosidad, de temor, de ironía, ¿quién sabe? algo que se escapó más tarde de su análisis, fino é incisivo.

¿No había, cuando niña, torturado á los pájaros? ¿No había sentido un placer punzante y exquisito al desgarrar el corazón de su primer enamorado? ¿Por qué?... ¡Ah! es muy hermoso el camino cuando el sol esparce á bocanadas su roja sangre por las arterias del universo y en las ramas de los arbustos ha prendido guirnaldas la primavera que pasa; es muy hermoso avanzar entonces, arrullados por todas las canciones que han recogido, bajo sus arcadas, las frondas; acariciados

por todas las promesas y los juramentos que el aire arrastra en su ala, buscar esos mil ojillos invisibles que os contemplan, ir adelante, con la boca sedienta de todos los besos y el alma ansiosa de todas las sensaciones. ¡Y adelante siempre! ¡siempre adelante! Espíritu jamás repleto, deseo nunca colmado, ansía infinita!...

Vivir todas las vidas, amar todos los amores, gozar todos los goces, palpitar en todos los gérmenes de la eterna, inacabable existencia, panteísmo inconsciente, en los comienzos, ansia delirante, después, que agitaba su buena dicha de vivir, para derrochar la vida, hacerla correr locamente, porque ¿acaso valdría la pena, de otro modo, de ser vida?

Ser amada es tener constantemente un ser en adoración, un esclavo á quien dar de latigazos, sin pensamientos, sin Dios, extático, mudo, inmóvil, con los brazos tendidos en actitud de súplica, sin una protesta, sin una rebeldía.

Y cuando el *Holandés errante*—ahora recordaba cómo le había llamado al conocerlo—se cruzó en su camino, aquella incorregible curiosa se sintió atraída por

el picante atractivo de estudiar aquella alma que, — decía ella, — tenía algo de luz de luna.

¡Pobre hombrecillo, de rostro asustado y tímido, movimientos torpes y ojos apagados! ¡Qué fácilmente fué arrastrado por la caudalosa corriente! ¡Cómo cobijó sus tristezas bajo el manto flordelisado de aquella soberana! ¡Pájaro que se retrata en el lago, insecto que hace brillar el sol, gota de rocío disuelta en el pétalo de una rosa!

Y después... cuando la víspera de la boda, una observadora (¿sería acaso un observador?) la preguntaba: — ¿Pero, le quieres?

— ¡Ah! ¿qué importa, — dijo ella, — si él me quiere?

¿Amar?... ¿No valía más ser amada?

Y fué amada tristemente, tímidamente, sin explosiones, sin gritos de pasión, sin entusiasmos; amada por un esclavo extático, mudo, inmóvil, á quien ella marcaba con cicatrices.

¿Cuánto tiempo duró aquel drama silencioso y taciturno? Meses... años... ¡qué sabía ella!

Lo que sí sabía es que una mañana, frente á aquel hombre inquieto y sobrecogido, lanzó brutalmente esta provocación:

—¿Y si te engañase?...

—Te mataría,—contestó él. Y después de un corto silencio, se alejó lentamente.

¡Matarla! ¡Ah! ¡Entonces sí lo amaría, lo adoraría de rodillas, su última mirada sería para él, su postrera palabra su nombre!... ¡Y la atracción del abismo se apoderó de ella, una atracción contra la que es vano luchar, un vértigo de sentir una sensación exquisita, incomparable, más fuerte que la misma muerte!

¡Matarla! ¡Matarla! Y bien, ¡sí! Por experimentar una vez el deleite supremo de sentirse amada de tal suerte, iría resueltamente al peligro, con la loca alegría de la que acude á la primera cita de amor, como la que espera al amante soñado.

¿Cómo fué? Cínicamente, sin preliminares, sin titubeos, se dejó caer en el fondo de la falta... de la falta que iba á redimirla para el amor.

Y esperó, palpitante, ansiosa, poseída de un goce que cantaba en su ser un himno, esperó el momento supremo, cuando, después de haber trazado con temblorosa mano las dos líneas de un anónimo, vió abrirse aquella puerta y el relámpago de un disparo...

Luego, la sensación de que se le iba la vida, y, como una visión ya casi lejana, la pálida cabeza de un hombre que fijaba en ella sus grandes ojos de felino.

Y cogiendo aquella cabeza entre sus manos, con un esfuerzo supremo, la besó febrilmente.

—¡Ah, te adoro!... —murmuró como en un éxtasis.

⁂

Catalepsia

Giró mi espíritu sobre sí mismo, aleteó un momento, y, como pájaro herido, cayó repentinamente. Caía, rodaba, en medio de la alta noche; me deslizaba en la sombra, con sensación de un inmenso vacío, con la conciencia de mi caída, una caída eterna... eterna... eterna...

Mi alma estaba triste, muy triste; quería llorar y no podía. ¡Ay! no tenía ojos. ¡Mis ojos! ¡Devolvedme mis ojos! ¿Sabéis lo qué es querer llorar y no tener ojos?...

Caía, caía siempre. Pasó una estrella. Quise afianzarme. ¡Ay! no tenía brazos. ¡Mis brazos! ¿Sabéis lo qué es tener voluntad y no tener brazos?...

Y caía... caía...

De pronto dieron las cinco en el reloj de la iglesia.

¡Una... dos... tres... cuatro... cinco!...

¡Y me sentí allí, rígido, inmóvil!

¡Era yo! Me sentía encerrado en aquella

armadura de acero. ¡Mi cuerpo! Había encontrado mi cuerpo.

El alma se acercó temblando y se posó sobre mis labios, fríos, helados. ¡Qué fría es la muerte!

Y una plática sin palabras se entabló entre aquel cuerpo inanimado y aquella alma sola.

Ya no caía. Era el reposo, la nada. ¡La nada!... un tropel de tinieblas... un frío horrible, penetrando hasta la médula de los huesos... Y luego, el vacío, un profundo vacío dentro de aquel cuerpo; la sangre sin ritmos de vida en las arterias, el corazón insensible, como ave asfixiada, el pulmón sin su resoplido de fragua, y por encima de aquellos despojos, el alma flotando como una virgen que sobrenada en un naufragio.

Oía... soplo leve de voces humanas, fragmentos de palabras: «una noche en vela,» «á las seis...» frases sueltas, risas, y también sollozos, allá lejos, muy lejos, á donde sólo alcanza el oído de los muertos.

Velaban mi cuerpo. Allí estaban, en diálogo insubstancial, al lado de mi espí-

ritu. El chisporroteo de los cirios penetraba en mi cadáver, culebreando á lo largo de la espina dorsal.

Entonces, un deseo loco, una ansia desesperada me hizo presa: mi alma quería ver á mi cuerpo, contemplar por última vez á aquella envoltura, darle un adiós postrero, besar aquellos labios sin aliento, revolotear dulcemente sobre aquellos restos, asomarse á sus ojos como el suicida se asoma al fondo del abismo... ¡Era mío aquel cuerpo! Y una inmensa desesperación se apoderó de mi alma, una rabia insensata. ¡Llegué á la imprecación!... ¡Llegué á la blasfemia!... y los cirios seguían chisporroteando lúgubremente, mientras los hombres ahogaban su aburrimiento en el raudal de su incolora charla.

Amanecía: lo oí decir á uno de ellos. ¡Cosa extraña! La luz del día penetraba en mi alma con claridades resplandecientes; me sentía inundado de ella. No la veía; sentíala, como debe sentir el ciego el nacimiento del sol. Salpicábame de motitas rojas que giraban como las chispas de un tren en movimiento. Ya

formaban círculos concéntricos alrededor de un punto brillante; ya se balanceaban en guirnaldas; ora se arremolinaban como salpicaduras de espuma que arrojara un mar de fuego, bien se elevaban en columnas para caer desmenuzadas en rocío luminoso. Y aquel beso de luz, en aquella alborada tibia de primavera, vino á herir la frente inmóvil de mi cadáver.

Amanecía: se alzaban de la calle esos mil ruidos que toma la vida para palpitar dentro de todas las conciencias, para fundirse en todos los corazones, preludio del himno de la creación, ascendiendo lentamente hasta el cielo. Y mi alma, arrodillada al lado de mi cuerpo, subía también, se elevaba en el salmo santo que canta la vida; mi alma sentía la dicha, la inmensa dicha de vivir. Y aquellos hombres allí, espiando mi cuerpo con avideces de ave de rapiña, clavando las garras de sus risas ahogadas en mi carne de cementerio.

Luego... una agitación inesperada... Pasos que se aproximan, resonantes, taconeo de beodo en la losa de un sepulcro... Gritos de dolor sublime, cuerpos

que se desploman... el ruido de una tapa al caer sobre una caja... ¡Otra vez el frío, el horrible frío, que entra en mi médula!... ¡Y la sensación del vacío... de un vacío inmenso, prolongándose en la tiniebla!...

Daban las seis en el reloj de la iglesia. ¡Una... dos... tres... cuatro... cinco... seis!...

El primer esclavo

Desprendióse aquel fragmento de la enorme masa del Sol, y rodó por lo Infinito hasta quedar prendido en la zona de la atracción, hacia el foco luminoso. Se movió pesadamente sobre sí mismo, y, dando sus primeros traspiés por el espacio, comenzó su interminable carrera á través del tiempo. Pasaron muchos millares de siglos; las nubes lloraron largamente sobre el nuevo peregrino; vapor de gases lo envolvió á modo de encaje sutil; el agua y el fuego riñeron horrible combate, y al disiparse las brumas que rodeaban aquel globo, una ligera película obscurecía á trechos la materia ígnea.

. . . . . .

. . . . . .

Es la India; el río sagrado, semejante á un reptil gigantesco, revuelve sus plateadas escamas, en las que se reflejan los picachos del Himalaya, por entre las

sinuosidades del valle. Vapor de fuego se eleva en las charcas; en los aires, el ave de rapiña grazna ferozmente al descubrir su presa; la serpiente se arrastra en ondulaciones vagas.

Cada sombra es la muerte; el claro en el bosque es el peligro; el árbol envenena; el pantano asfixía; la roca, desnuda y hosca, destaca sus líneas entre un semillero de flores; el viento arrastra polen y abrasa cuanto toca.

Un puñado de nubes, monstruo de fantasmas, roza levemente la superficie de la tierra: el rayo se condensa en sus entrañas, y grietas enormes se abren al beso de aquel negro gigante, que al impulso del viento ora entreteje guirnaldas, ya se revuelca y gira, ó bien tiende caprichoso manto para deshacerse y chocar en menudos pedazos.

La tribu se ha refugiado en el interior de las cavernas; maldice ó reza: ¡quién sabe! Ha arrojado á la fiera de su guarida; ha reñido con ella combate á muerte, la ha despojado de su piel, que le ha servido para preparar su primer lecho.

Un día, el rayo comunicó su fuego á

una selva: la tribu admiró el prodigio y desde entonces fué el primer dios. Más tarde, Budda Muni habría de iluminar aquellas conciencias. Pero aun el héroe no aparecía á libertar á los que sufren. Todo era informe. La tribu carecía de dios; los misterios no habían sido revelados, ni el carro del ídolo de Jagrenat aplastaba con sus pesadas ruedas á las víctimas que se arrojaban á su paso.

La tribu marchaba al azar; la tormenta la hacía refugiarse en las cavernas; el sol la lanzaba fuera de las profundidades de la tierra. Un día abandonaba el valle; otro descendía de la montaña para saquear á otra tribu y devorar sus frutas, esparcidas por la tierra.

La guerra entonces era á muerte; un cautivo habría sido un estómago más que alimentar, y el alimento era escaso en aquellos primeros días de la especie humana.

Allá, lejos, como un peligro de cuya proximidad nadie se da cuenta, pero del que sabe la existencia, habitaban unos hombres que hacían producir la tierra. Éstos no hacían correrías: vivían en un

pedazo de terreno, adheridos á él, surcándolo de líneas cabalísticas é inclinándose dos veces por año para recoger los granos y extraer las raíces.

La tribu había oído hablar vagamente de todo esto, en sus excursiones de merodeo. Pero la tribu no había encontrado á su paso á estos hombres. Se contentaba con saber que existían. ¿Dónde? Tal vez detrás de aquellas montañas, desde cuyos vértices un rojizo crepúsculo descubrió una inmensa extensión de agua que parecía confundirse con el cielo y ser absorbida por él. . . . . .

. . . . . .

Sakya velaba el sueño de Varuni. Anochecía: el aire, tibio y transparente, perfumes embriagantes, el follaje cubriendo aquel grupo de idilio primitivo.

Varuni dormía: él, henchido de pasión de bestia, contemplaba con ojo feroz y tierno al mismo tiempo á su compañera de embriaguez salvaje. Varuni dormía y un embrión de respeto mantenía á Sakya inmóvil, atento, á su lado, bestia que reposa su hartazgo, y que se aproxima al hombre por gradaciones sucesivas.

Así pasaron horas; no muchas. La luna, como una antorcha pálida, bordaba con su claridad taciturna aquel cuadro. De pronto, sordo rumor se eleva en medio de la calma de la noche; pisadas de fiera hollando el bosque, reptiles que se adelantan con precaución: Sakya aplica el oído á la tierra y escucha.

Se levanta: no, no son fieras. Su oído está acostumbrado á todos los rumores; desde el que produce el viento al acariciar los árboles hasta la garra del tigre al posarse en la roca, todos le son familiares. El peligro es inminente. Son hombres.

No es la tribu; son hombres que Sakya desconoce. Un desconocido es un enemigo, lo que se ignora es hostil. Y Sakya hiere con su pie, brutalmente, á Varuni. De un salto está á su lado. Ahora escuchan los dos.

Hay que huir: escalar los primeros eslabones de la montaña, trepar por ella, asirse de cantil á cantil, deslizarse por un reborde que limita un abismo, y penetrar en lo profundo de alguna cueva, boca infernal que contrajo con sonrisa siniestra una conmoción volcánica. ¡Y se lanzan!

Una lluvia de piedras los envuelve en su fuga. Rebotan sobre sus carnes, se incrustan en ellas, las salpican de sangre, abren surcos; pero los fugitivos no se detienen. De pronto, Varuni vacila: su pecho se oprime, un punto rojizo aparece en sus labios, y cae pesadamente como cuerpo inerte. Sakya exhala un alarido; se inclina sobre ella, concentra sus fuerzas, la recoge, y una piedra choca contra su frente y pierde la conciencia de su ser, abandonando su presa al desprender sus brazos. . . . . .

. . . . . .

Cuando Sakya recobra la vida, el sol ha dorado ya la cima del Himalaya. Un valle inmenso cruzado de líneas paralelas se extiende ante sus ojos. La tierra, removida, surcada, ofrece un espectáculo nuevo.

Un extraño aparato llama su atención: es una tienda fabricada con pieles, una caverna también, pero robada á las bestias feroces.

Un grupo de hombres se alza á la entrada de aquel nuevo hogar humano.

Sakya quiere entrar, pero aquellos hom-

bres le detienen. Su instinto le dice que allí está Varuni, como su instinto le dice que ha caído en poder de los hombres que trabajan la tierra.

El sacrificio de su vida no es nada, mil veces su tribu ha reñido con la tribu que ha encontrado á su paso, y siempre la lucha ha sido á muerte. ¿Para qué sirve el enemigo vencido?

Y Sakya se entrega fríamente en las manos de aquellos hombres.

¿Qué extraño suplicio van á emplear? Sakya no lo sabe, pero le es indiferente.

Ya le arrastran fuera de la tienda, lo llevan á los linderos del campo, y poniendo en sus manos un instrumento extraño, lo obligan, á golpes de látigo, á dejar impresa en la tierra una de aquellas líneas sin fin, inflexivas y severas.

Y aquel día, mientras Varuni era for-

zada por los primeros *amos*, Sakya, el primer esclavo, lloró amargamente en el risueño valle fecundado por las aguas del río sagrado.

◆

Sub lumine semper

Aquí, al alcance de mi mano, semi-oculto por un montón de periódicos, revistas extranjeras, recortes, apuntes y cuartillas á medio llenar, yace el libro *nuevo,* todavía sin abrir, intacto, tal como lo arrojé una noche, con la intención firme, alegre, de encararme con él al otro día. Y ya han pasado muchos, y el querido huésped permanece aún en el abandono del espíritu, en silencioso reproche, lastimado con mi indiferencia, triste con mi olvido. Son estrofas de un poeta amado, muchos pedazos de vida concentrados en algunas páginas, fragmentos de dolores y rayos de esperanzas, unidos por el hilo invisible de una inspiración robusta y comprehensiva. En la alta noche, cuando todo calla, parece como que de aquel volumen se eleva un himno sonoro y vibrante, una harmonía de colores, una irradiación de notas: es el sollozo que surge de una pálida tumba abandonada.

Aquel libro tiene para mí todas las alegrías y todos los tormentos de un paraíso siempre lejos, cuando más cercano: son mías esas horas de felicidad, que nunca, tal vez, podré vivir; ahí están, en mi poder: me basta extender la mano, romper con el puñal de marfil las frágiles alitas que ocultan su secreto... ¡Cuántas veces he dicho: esta noche! Y he esperado la ausencia de la luz, con el ansia curiosa de una cita de amor. Y luego, ronda negra de espectros que se interpone, letales hastíos, cansancios infinitos, desalientos invencibles, haciéndome presa, afianzándose en mi espíritu, precipitándome quién sabe en cuáles dantescas simas, muy profundas, muy sombrías, en las que rodaba de tumbo en tumbo, como águila herida por un rayo de sol. Buen amigo, fiel y silencioso, ¡cuántas veces he faltado á tu cita! Mientras tú, centinela de mis largas veladas de lucha, has debido reirte interiormente, con carcajada irónica, al verme revolotear alrededor de la *Memoria* de un Estado ó rebuscar períodos de incisiva elocuencia con que dar relieve á un suelto de gacetilla. ¡Oh

tú, mi buen amigo! Hoy no puedo acercar á mis labios la copa que me brindas, en que has disuelto perlas y flores; no es la hora del banquete: espera, espera un día aún, en tu quietud triste y silenciosa, mi fiel, mi doloroso olvidado á quien no olvido.

Cada vez que la prensa diaria, en su *cliché* obligado, me anuncia que algún poeta naciente ha ido á anidar bajo el alero de una hoja política, llevo mi recuerdo á aquel libro, á aquel libro *nuevo* que ha envejecido al alcance de mi mano, semioculto por un montón de periódicos, revistas extranjeras, apuntes y cuartillas á medio llenar, y que yace todavía sin abrir, intacto, tal como lo arrojé, una noche, con la intención alegre de encararme con él al otro día. Yo iría al encuentro de este nuevo hermano, me abrazaría á sus rodillas y le diría: Tú tienes fe, tu espíritu está inundado de luz, tu corazón está hecho para amar, y de un golpe, de un solo cruel golpe vas á arrojar tus fuerzas, tus energías, tus ideales, tus noches de claro de luna, tus rosadas auroras, tus horizontes de cielo azul, tus

serenatas, á este monstruo que todo lo devora, que nunca está ahito, que desgasta actividades y que tritura cerebros en su rodar eterno y en su eterno arrollamiento. Pero el joven poeta me contestaría: ¿Y qué? Ya sé que hay algo bello en este mundo: amar; pero sé también que hay algo indispensable: vivir. Amar es hermoso: vivir es necesario. Es triste que la estatua se convierta en muñeco de barro y la luz en sombra; pero hay un hombre que se llama el sastre; hay un hombre que se llama el fondista; hay algo más que todo esto: hay una casita allá, en un suburbio, en donde esperan unas cabecitas rubias...

—¡Olvida, poeta, tus horizontes de cielo azul y tus noches de claro de luna! Y tú, mi bueno, mi silencioso amigo, que yaces entre recortes y cuartillas, no rías interiormente con tu irónica carcajada, al verme revolotear alrededor de la *Memoria* de un Estado ó rebuscar períodos de incisiva elocuencia con que dar relieve á un suelto de gacetilla. ¡Oh tú, mi buen amigo! hoy no puedo acercar á mis labios la copa que me brindas, en

que has disuelto flores y perlas; no es la hora del banquete; espera, espera un día aún, en tu quietud triste y silenciosa, mi fiel, mi doloroso olvidado á quien no olvido...

La autopsia

I

Teodora había alcanzado esa edad en que el espíritu, presa de extrañas alucinaciones, busca en los espacios fulgores desconocidos y en las flores aromas especiales. Sus ojos, abrillantados y radiantes, reflejaban la curiosidad de un alma inquieta, nacida para ser contemplada de rodillas.

Llegó al altar cuando el primer albor de la adolescencia iluminaba apenas su semblante. Allí, en aquella alcoba en donde el ángel de la dicha coloca sigilosamente su dedo en los labios, había encontrado á un hombre frío y reservado, impregnado el espíritu de problemas tras cendentales, de casos patológicos, de dudas científicas.

Había pasado de su clínica á la cámara nupcial bruscamente, sin transición algu-

na, y se encontraba en los brazos de aquella niña como en su cátedra, delante de sus discípulos, en los solemnes momentos de una operación quirúrgica.

Teodora lloró sus desengaños mucho tiempo. Después, la costumbre había alejado las sombras que se proyectaron en su espíritu y la asediaron durante algunos años.

Todas las mañanas veía alejarse á su marido, siempre silencioso, siempre pensativo, después de una noche de insomnio, consultando al reflejo del pálido reverbero que alumbraba tenuemente la cama de palo de rosa en que descansaba ella, las obras de los maestros, sin que sus ojos, posados en aquellas páginas, revelaran una sola idea mundana, un solo destello de vida.

Todos los días, al sonar la una de la tarde, el coche del doctor estremecía las vidrieras de la casa.

Momentos después, imprimía sus labios helados y descoloridos en la pensativa frente de la esposa.

Comían en silencio, y él penetraba en su gabinete de estudio para no salir hasta

hora muy avanzada de la tarde, cuando ya el último rayo había dejado de dorar las cumbres de las montañas.

Teodora paseaba en el bosque su amarga melancolía, y cuando las tinieblas de la noche, confundiéndose con las de su alma, envolvían los caprichosos contornos de los árboles, el coche ganaba las calles de la población, y penetraba en aquel hogar sombrío y taciturno que no turbaba el menor ruido en su reposo.

Una noche Teodora no volvió.

A la mañana siguiente, en el salón de la señora..., corría de boca en boca la noticia de que la hermosa T..., esposa del célebre doctor M..., había abandonado el domicilio conyugal en compañía de un conocido Lovelace, cuyas seducciones mundanales habíanle hecho héroe de numerosas aventuras.

En la solitaria casa de la calle de... la vida no había cambiado.

Todas las tardes, á la una, el ruido de un coche estremecía las vidrieras del edificio, y el doctor, frío y silencioso, traspasaba el dintel de aquella puerta, que volvía á cerrarse al darle paso.

El transeunte que á las altas horas de la noche cruzaba aquella apartada vía pública y fijaba su vista en el edificio, podía vislumbrar un pálido rayo de luz que se desprendía de uno de los balcones.

Era el doctor que estudiaba.

II

Aquella noche el doctor había velado más que de costumbre.

Un círculo obscuro circundaba sus ojos, que parecían más cavernosos que nunca. En el fondo de aquellos huecos se adivinaban, mejor que se veían, dos pupilas fijas en un cielo plomizo de melancolía vaga y taciturna.

Salió. Leves gotas de una lluvia finísima caían en los charcos de las aceras, produciendo pequeñas ondulaciones que se borraban un momento para dibujarse de nuevo. Los coches salpicaban de lodo á los transeuntes. Las pesadas ruedas de los carros se hundían en el fango con un chasquido glutinoso.

En el hospital, los alumnos esperaban al doctor, haciéndose mutuas confidencias de sus aventuras de callejuela. El aire húmedo de la mañana no se hacía sentir en aquella atmósfera impregnada de ácido fénico. Un paso lento y acompasado resonó en los corredores; los cuchicheos cesaron: era el doctor.

Cuando entró en la cátedra seguido de sus discípulos, la impasible fisonomía del médico se iluminó por un momento. Sus ojos brillaron como dos ascuas de fuego, su tez marchita se coloreó un instante, su frente se levantó orgullosa y firme, y con voz sonora y metálica comenzó su explicación:

—Señores...

Se trataba del envenenamiento por cianuro.

El doctor pretendía seguir las huellas de la intoxicación por el veneno, é investigar ciertos fenómenos que podían haberse escapado á la experiencia.

Un alumno interrumpió al profesor. Precisamente se había llevado la noche anterior al anfiteatro el cadáver de una mujer intoxicada por el cianuro, en una

madriguera de la prostitución. El cuerpo esperaba la autopsia.

Animado por la fiebre de la ciencia, aquel hombre de hielo abandonó el sillón de la cátedra, y, seguido siempre de sus discípulos, penetró en la sala de disecciones.

Una plancha de mármol blanco, opacada por una leve capa grasosa, se alzaba en aquella habitación amplia, á la que daban luz dos anchas ventanas, por donde un rayo de sol, que había roto en aquel momento la obscura prisión de nubes que lo tenía envuelto, penetraba alegremente, yendo á herir un amarillento cráneo, abandonado en el rincón más apartado de la estancia.

El doctor había retirado de su bolsa de operaciones un bisturí flexible y delgado como la lengua de una víbora. Era otro hombre, su rostro resplandecía; un fulgor extraño iluminaba aquella frente obscurecida por los insomnios; su boca se plegaba por una sonrisa de amor propio satisfecho; su nariz aspiraba con deleite aquel aire cargado de emanaciones de sangre humana.

Trajeron el cadáver.

Era el de una mujer joven y hermosa; sus formas habían sido holladas por el placer sin que perdieran el primitivo encanto de sus líneas. El vicio hizo rodar aquel montón de carne blanca y tersa, de suaves contornos y virginales redondeces.

El doctor se acercó y una palidez mortal cubrió su semblante.

Aquel cadáver era el de Teodora.

Vaciló un momento...

La misma extraña claridad que alumbraba un poco antes sus facciones, marchitas y fatigadas, apareció de nuevo en su rostro.

Se acercó á la plancha, y, buscando en el cuerpo un espacio determinado, hizo la primera incisión con el bisturí.

Una duda

El mar: arriba, en lo profundo de un cielo plomizo, el sol arroja bocanadas de luz, asoma su faz rojiza de ebrio en el espejo de una inmensidad que se esfuma en la línea indecisa del horizonte. Las olas arrastran plantas marinas, que semejan cabelleras flotantes de cadáveres sumergidos en las aguas.

El barco marcha pesadamente; parece presa de la somnolencia en que yace el Oceano; el chirrido de la hélice gime quién sabe cual extraña canción de dolor infinito; es un quejido lúgubre y taciturno que recuerda el lamento de un hombre que agoniza en la cama de un hospital. La máquina resopla con fuerza, como un gigante aplastado por un peso enorme.

En la proa, un cuadro heterogéneo: marineros semidesnudos, de espaldas relucientes y torsos lustrosos; perros errabundos que husmean escudillas; vacas,

de ojos entornados, gallinas, carneros, mucho ir y venir; abigarramiento de colores; gritos é imprecaciones, cantos y blasfemias. En el entrepuente, el capitán soporta con indiferencia los rayos del sol y el reflejo de las aguas; pequeño, nervioso, mirada penetrante, hecha para sondear el infinito.

El barco camina sobre un lago de fuego; culebrea la luz sobre la extensión de las aguas y cada ola que avanza tiene la apariencia de un chorro de sangre. El aire sopla en ráfagas asfixiantes, aliento de hornaza que azota el negro vapor de la chimenea y en él se funde con delicia.

Los gritos, las canciones, los juramentos van extinguiéndose: un sopor de siesta se ha apoderado del buque; diríase que siente pereza de andar; vacila como un beodo, da un traspiés, vuelve á enderezarse, se reclina sobre el agua, como deseoso de buscar en ella frescura.

De pronto, una detonación, un alarido, una columna cárdena de humo, algo como un sacudimiento nervioso en el organismo de un titán... Un salto prodigioso... un segundo de vacilación en la ca-

rrera sofocada del monstruo, algo así como un aleteo de un águila herida en mitad de su vuelo... Y gritos, y gemidos, y oraciones, y blasfemias, esta vez lanzadas en el paroxismo de una desesperación impotente y colérica.

El hombre del entrepuente se ha precipitado: salva escaleras angostas colgadas sobre el abismo, pasadizos obscuros, pretiles estrechos, y desciende, desciende siempre, como debió descender el ángel de la soberbia herido por la ira de Jeovah. Una bocaza enorme se abre á sus pies: un soplo de infierno se eleva del hueco. El hombre se detiene, y mira á través de las tinieblas: el espectáculo es siniestro.

En el fondo, en medio de un hacinamiento de objetos informes, hay una cosa que gime y se estremece: es un cuerpo humano convertido en una masa palpitante: aquello no tiene ojos, ni cabellos; los brazos y las piernas han sido arrancados, y el tronco, cubierto de llagas y de úlceras, se sacude convulsivamente. Sobre este montón de sangre y carne se inclinan dos ó tres cabezas humanas.

El hombre del entrepuente se arroja en la negra boca; ya es una figura más en el grupo. Y, rápidamente, se da cuenta de la situación: es el *flux* de una caldera que ha hecho explosión, hiriendo á un maquinista.

Se inclina á su vez, y sus ojos tropiezan en la obscuridad con la mirada de otro hombre que está arrodillado: es el médico. Permanecen un momento así, las pupilas penetrándose de luz; después, el hombre que está arrodillado se levanta, y con voz tenue, á dos pasos de la masa que se sigue retorciendo, se entabla un breve diálogo, de rápidas palabras:

—Está perdido.

—¿Durará?...

—Seis horas, á lo sumo.

—¿Así?

—Así.

Nada más. Luego, el hombre del entrepuente, frío, sereno, toma de su cintura un revólver, lo amartilla con lentitud, se inclina de nuevo hacia el moribundo, y aplica la fría boca del arma en el lugar del corazón...

Pasan unos segundos... la sombra de

una duda hinca su garra en el corazón de aquel hombre... Se incorpora lentamente, desamartilla el arma y la vuelve á colocar en su cintura.

* * *

Seis horas después moría el herido.

Y el capitán, en el entrepuente, sondeando el infinito, en un crepúsculo de rosa y oro, preguntaba á su conciencia si la maldad y la piedad pueden llegar á confundirse alguna vez en la vida.

La muerte del «Maestro»

Se exhibe actualmente, en uno de los escaparates de esta capital, un traje del *Espartero,* muerto en la *Plaza* de Madrid el mes de Mayo último. Singular coincidencia: mientras el público madrileño recogía los últimos alientos del joven torero, un pintor español de mérito — Villegas — conquistaba en la Exposición de Viena la medalla de oro para su cuadro *La muerte del «Maestro.»* Tengo á la vista una fotografía de este lienzo: una capilla; á la izquierda un retablo, cubierto de flores: al fondo, una verja de hierro, la barrera, y un jirón de cielo enrojecido por el sol: en el primer término, una camilla, y sobre la blanca almohada una cabeza lívida, correcta, de ojos profundos, dormidos, nariz firme y frente despejada: sobre esta faz ensombrecida por la profunda tiniebla de una noche eterna, el perfil sonrosado de la

maja: mantilla blanca sobre la negra, lustrosa cabellera, la tez todavía animada por los lances de la corrida, en los labios una plegaria y en la mirada el siniestro brillo de *hetaira* romana que alienta al gladiador: en pie, el sacerdote murmura las preces de los agonizantes; y en segundo término, en torno de este grupo, la *cuadrilla* toda—*chulillos* de capa recamada de oro, picadores de calzón amarillo, mozos con su blusilla roja—inmóvil, aterrada, sombría, las monterillas en las manos unos, otros alzando, al entrar, los anchos sombreros de sanguíneo pompón, en la mano de un banderillero el rehilete arrancado del morrillo del animal, contempla el último triste parpadeo de un alma que se va, mientras allá, á lo lejos, se adivina, se siente, el colérico vocerío de un público ebrio de tragedia, que pide más sangre. Tal es *La muerte del «Maestro.»*

* * *

El *matador* se ha ceñido la fajilla de seda, enroscada como una serpiente alrededor de su cintura, ha asomado su

silueta arrogante y flexible á un espejo, la ha sonreído, ha besado los cabellos de su amante y espera, fumando un cigarrillo, la llegada de los suyos.

Ya está aquí el reluciente *landau*: se detiene á la puerta de la casa; él ha abrazado por última vez — ¡ay! tal vez por última — á la pálida gitanilla, que ahoga un sollozo en su garganta, se acerca á la camita de palo de rosa, alza las cortinillas de gasa y deposita un beso, — un suspiro ó una lágrima, — en la morena cabecita rizada que duerme su sueño de ángel, mientras el padre se apresta á aplacar con su sangre á la muchedumbre que invade ya la plaza, que grita, que gesticula, que se embravece y blasfema. Y arriba, el sol despide flechazos de luz y sacude su clámide de oro de montaña á montaña.

* * *

¡Qué triste esta misa de la *capilla* de la *plaza!* El sacerdote eleva la Santa Forma, en tanto que la multitud vocifera y la *banda* esparce las armonías de un *paso-doble:* chispean los trajes de aquellos,

hombres y se irisan; culebrean los matices y la luz se descompone, salta, brinca, corretea locamente sobre músculos de acero y torsos atléticos. Ya las frentes se elevan, ya las rodillas se alzan, ya las vibradoras notas del clarín pregonan la lucha, ya el entusiasmo se desborda, ya la sangre corre!...

* * *

Y después... la camilla que soporta una cabeza lívida, la *maja* de mantilla blanca y cabellos negros, el sacerdote que reza su última plegaria, la *cuadrilla* sombría y aterrada, un retazo de cielo alumbrado por un brochazo de sol, y allá lejos, el vocerío de la muchedumbre que pide más sangre.

* * *

Y en tanto la cabecita de rizos negros duerme en la cama de palo de rosa su sueño de ángel y sonríe dulcemente á alguna vaga visión que ha venido á depositar en su frente un beso, un suspiro ó una lágrima.

El centinela

La noche, una noche transparente y perfumada, de tibia luz de astros y desmayado aliento de rosas; los árboles cabeceando como espectros trágicos, la carretera retorciéndose en blancas curvas, semejante á un reptil monstruo; á lo lejos, fulguraciones metálicas y rumor apagado que se propaga en ondas y rasga el augusto reposo. A ocasiones, un grito agudo; es la voz de un centinela, que recoge el viento en su amplia túnica, primero como una maldición, después como un quejido, más tarde como un suspiro, hasta perderse en el misterio de la noche. Luego, el silencio, la calma, ese inmenso vacío poblado de ojos que no se ven y de voces que no se escuchan, ronda invisible que azota la frente del que vela y pasa carcajeándose á la sordina, caballeros en un rayo de luna, envueltos en polvillo luminoso, cobijándose en la sombra de

un arbusto, bailando su danza loca en un punto indeciso del espacio.

Abajo, el batallón duerme á la sombra de un bosquecillo; la jornada ha sido dura: ¡adelante!, ¡siempre adelante! á través de campos sembrados de amapolas y heridos por un sol de fuego. Y ahora, todos descansan, todos, menos Pedro, el centinela, que ha ido á sentarse al borde de un sendero y repasa el rosario de sus recuerdos. Hace una hora que se encuentra ahí, solo, abandonado, y se cree en un mundo aparte; parécele que ha comenzado una vida sutil y extraña en la que las sensaciones son muy vivas y muy penetrantes.

¿En qué piensa Pedro mientras duermen sus compañeros?

¡Ah! Es una triste historia la que lo absorbe. Hace pocas noches, un camarada, joven como él, se había suicidado, ahorcándose en un árbol, mientras hacía su centinela. Y ahora trae á su memoria aquel semblante lívido, de ojos abiertos, boca contraída y cabellos erizados. Y aquel muchacho era un mocetón contento de la vida, alegre y parlanchín.

Sólo que—lo había dicho á menudo—se sentía cobarde como un niño ante la idea de verse alguna noche obligado á hacer su facción de centinela. ¡No! él, que se había batido con valor heroico, temblaba como una hoja al pensar en este servicio que jamás había prestado.

Llegó, por fin, una noche en que vino su turno. Al anunciársele la noticia, se le vió palidecer, una sombra obscureció su semblante, y luego, muy bajito, dijo á Pedro, sacando del pecho un pequeño paquete: «Es para mi madre.» Y como el otro le mirara absorto, sin comprender: «Sí, repuso él; no viviré mañana.»

Y haciendo un esfuerzo se alejó precipitadamente.

Al amanecer del otro día, se le encontró pendiente de un árbol: las correas de su fusil le habían servido para estrangularse.

Y Pedro pensaba en todo esto, en tanto que la noche iba avanzando, transparente y perfumada.

¡Morir! ¿por qué?... ¿Por qué le había de pronto ocurrido esta idea? Aun la vida tenía para él alegrías intensas, delei-

tes infinitos... Y tendió su mirada á un rinconcito querido de la tierra, en donde una anciana le había bendecido, bautizando de lágrimas su cabeza.

Y Pedro se puso de pie y paseó su mirada por la noche.

Las estrellas, como rosas blancas, se deslizaban en el cielo, marchaban, iban flotantes en gasas de luz, y parecían llamarle desde lo alto. Apartó los ojos y los dirigió á tierra.

Una encina, vieja y rugosa, se alzaba ante él; sus ramas se extendían formando un nido de verdura, y agitadas por el viento murmuraban frases dulces á los oídos del centinela.

¡Qué raro sonaba aquel concierto!

Se sentó debajo del árbol y se puso á escuchar.

Las ramas decían: ¡Ven! ¡ven! enamorado de la dicha. Nosotras abrazamos con lazos eternos, tejeremos diademas para tu sien, cubriremos tu cuerpo de sombra. Somos tuyas, ven, ámanos.

Y las estrellas: Síguenos, pálido hermano nuestro. La felicidad no está tan baja, sube, asciende, llega á nuestro lado.

Bañaremos tus miembros de rocío, te llevaremos á albos espacios en donde la luz se descompone en colores y salta y juega.

Y las flores se reían socarronamente: ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Pedro alzó entonces los ojos y vió, columpiándose en una rama, el cuerpo de su camarada muerto. Pero ¡oh milagro! aquellos ojos vidriosos se animaban, chisporroteando de placer, y aquellos labios contraídos se dulcificaban en una sonrisa, y aquel cabello formaba una aureola resplandeciente alrededor de la cabeza del ahorcado.

Y él también se reía, con malicia, pero con carcajada lúgubre, sombría, casi siniestra: ¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡ji!

Pedro se cubrió el rostro con las manos y procuró recordar: ¡la madre!... ¡la aldeílla!... ¡la iglesia que toca á gloria!...

Y las estrellas seguían secreteando en sus oídos: ¡Ven! ¡ven!

Y las ramas de la encina le acariciaban con su susurro.

Y las flores reían.

Y el ahorcado se carcajeaba con su voz plañidera y doliente.

Entonces Pedro, desprendiendo la correa de su remington, ató uno de los extremos á una rama y comenzó á pasarse la otra extremidad alrededor del cuello.

. . . . . .

. . . . . .

Era una noche transparente y perfumada, de tibia luz de astros y desmayado aliento de rosas...

◆

Cavilaciones

Clemenceau acaba de recoger en su reciente obra *La melée sociale* un hecho desolador, una dolorosa página de este cansado *fin de siglo:* el suicidio de un niño de doce años. La triste enfermedad ya mina las blancas conciencias, las almas diáfanas, ya no hay niños en esta etapa de la vida humana; la desesperanza enturbia los primeros sueños, y en la amada cunita las blondas cabezas se mecen en un deseo de escaparse de la vida, en un febril anhelo de huir muy lejos, al viaje sombrío, al irreparable, en una necesidad de reposo eterno. Nuestros niños son viejos, nacen al mundo con treinta años, en sus sonrisas hay rastros de lágrimas y en sus miradas húmedas punza un amargo desconsuelo. Les comunicamos por inexorable ley hereditaria el acerbo sufrimiento de una sensibilidad enfermiza. ¡Oh, bellas auroras de serenos horizontes y límpido

azul de cielo! ¿Ya no iluminaréis más los nacientes ensueños de nuestros hijos?

Una inmensa fatiga ha aguzado nuestro sistema nervioso, lo ha apurado, y las impresiones, quintaesenciadas, repercuten en nuestro organismo con extraordinaria viveza. El golpe de rechazo hiere á los amados pequeñuelos, á quienes confinamos á torturas inexplicables, á conmociones extrañas. Hemos condenado á muerte á esos queridos seres, que llevan invisible cadena que los aprisiona. Cuando el Oswaldo de *Los Aparecidos*, de Ibsen, se siente deprimido, en toda la fuerza de su juventud, en toda la energía de las primeras luchas, acude á la ciencia que le dice: «Tienes algo *vermoulu* desde tu nacimiento.» El virus ponzoñoso corre en la sangre fresca, bajo la suave epidermis, salta y bulle en oleadas negras. La vida, que derrochamos con la insubstancialidad de un pródigo, va acortando la de estos niños abatidos y pálidos que se sienten profundamente tristes, en esta gran renovación de fuerzas que palpita en la naturaleza. Llevan consigo un legado que los martiriza, y un día, en que las

rosas han comenzado á abrirse y los alientos de la primavera esparcen un soplo reparador y saludable, el ángel experimenta la nostalgia de las comarcas lejanas, y abandona su lecho tibio en donde los labios han ido á colgar su nido de besos.

¡Ah, blanca urnita cubierta de flores que atraviesas la ciudad en un vuelo rápido! Allá van nuestras pasadas orgías ó nuestras hondas crisis. No hemos podido, no, ofrecer una vida sana á la nueva simiente; el grano brota del surco débil y sin fuerzas.

Pero los que quedan ¿tendrán las bellas risas, las francas, las que suenan como chorros de monedas de oro cayendo sobre ánfora de cristal? ¡Que rían, Señor, que dejen correr la bulliciosa corriente de sus frescas carcajadas! Y quisiéramos arrancar tinieblas de sus almas y arrojarlas al antro de donde salieron. ¿Por qué no hemos sido menos felices para que ellas lo fuesen más? ¿Por qué no hemos gozado más de la existencia para que ellos sufrieran menos?

Y á cada nuevo amanecer sondeamos

la infantil cabecita de ondas doradas para descubrir si estallan dentro de ella los gérmenes del mal que padecemos, si detrás de la tenue claridad que preludia al día se anuncian las violentas tormentas que nos conmueven. ¡Ah, si nos fuera dable desterrar la idea de aquel cerebro que vibra su ritmo de vida y á la que la curiosidad, — la gran pérfida, — se asoma por momentos! Inmovilizar aquella conciencia, suspender aquella emotividad en un sueño de hadas, en un sopor vago é indeciso, ¡qué ideal imposible!

No te enfrentes jamás al problema, niño de los blondos cabellos, no te acerques á la esfinge que ha desgastado nuestras energías y debilitado nuestra fe. Y pensamos tenerlos todavía en nuestros brazos, arrullarlos en una caricia salvadora, conservarlos en esa etapa de somnolencia inconsciente que los aparta de la vida.

Pero el niño se pone triste, ya en sus pupilas se condensan las lágrimas y hay veleidades en su sonrisa; y entonces, ¡oh Dios! protestamos contra esa ley de dolor por la cual se perpetúa la especie, larva

de humanidad arrojada á través de los tiempos.

¡Oh, mi niño, mi buen niño, no estés nunca triste! Que yo pueda saldar mi amarga cuenta con la vida, pero que no pase nunca á tus tranquilas noches, que el trágico fantasma no cruce en tu camino, que no turbe una arruga el sereno lago en que navegas. Cuando en la noche oigo un grito tuyo rasgando la tiniebla, siento acudir llanto á mis ojos, y me pregunto qué nuevo sacrificio, qué otra tortura será necesario que padezca para desvanecer la visión aterradora. Siniestra leyenda, eres cruel, eres implacable: los pecados de los padres pasarán á los hijos. Y tú, poeta, tenías razón: «Dar vida así, ¿no es un crimen?» ¿Somos todos culpables de ese gran delito de perpetuar la vida? Y ellos, los condenados de antemano, ¿no pudieran como el Segismundo de *La vida es sueño,* pedirnos cuenta de nuestro pecado?

Pero ya su respiración se calma, ya no oigo el ruido de hojas de rosa que produce su cuerpecito al agitarse bajo las sábanas, ya reina una inmensa quietud

en su alcoba... El nuevo día lo sorprenderá riendo. Ríe, ríe todavía, mi buen ángel. Aun no vives, puesto que aun no sufres, puesto que aun no lloras.

⁂

El viejo maestro

Allá, en el tranquilo café, en donde á ocasiones me place apurar lentamente un *bock,* olvidado en una mesa apartada, en un perezoso alejamiento, lo veo llegar, el amplio sombrero inclinado, la boca iluminada por una buena sonrisa, las pupilas encendidas al reflejo de una vejez sana y alegre, — la plácida vejez de que habla Lamartine, — sentarse, y apurar á pequeños sorbos una bebida de irisaciones ambarinas. El dueño del establecimiento, — rechoncho, bajo, cabeza trasquilada de *clown,* — lo recibe con una risotada: ¡Oh Italia! — Y él acentúa su sonrisa, inclina todavía más caballerescamente su chistera y deja vagar por su rostro una oleada de recuerdos.

¡Italia! ¡Qué melancólicamente resuena en su oído el nombre de la patria lejana! Y se deja ir en una ráfaga de remembranzas: la vasta sala iluminada, el patio

rebosante de alas negras y de encajes blancos, los palcos deslumbrantes de pedrería; en las alturas, la gran masa, el terrible burgués con sus cóleras estruendosas y sus vociferaciones iracundas; y por el pequeño agujero del telón se anotan nombres conocidos: El príncipe A..., el marqués L..., M..., el terrible crítico...; y el golpe seco del director de orquesta dando la voz de alerta á sus batallones... —Y chispean sus ojos como dos carbones encendidos á la evocación del cuadro.

Ahora se ve ante un público delirante que lo hace salir á la escena, lo aclama, oco, sugestionado.

Vuelve de nuevo á vivir aquella vida de éxtasis y de delirios á la que había consagrado todas sus energías, todas sus vitalidades, y que poco á poco lo fué desgastando, hundiendo. ¡Ah! es hermoso esto, es hermoso este sacrificio de todos los días, de todos los momentos para caer vencido, muerto en vida, y ver cómo se despiertan otras energías y se elevan otros ídolos y se desencadenan otros aplausos. Es hermoso, sí, porque á cada nueva ovación, á cada brillante éxito, el pasado

rompe su lápida, rasga el velo de nieblas que lo encubre y se destaca luminosamente.

Boga la argentada barquilla sobre un mar de rosas y deja estela de carcajadas y de besos. Allá va la vencedora, la ilustre, al aire los flotantes estandartes como cabellera de una Venus del Tiziano; allá va la que lleva á su bordo á los poetas, á los dioses de la juventud, á los paladines del amor. Avanza cargada de idilios tiernos y de sutiles madrigales, hasta perderse en la curva del Oceano, en crepúsculo rosado, de nítidas limpideces y espejismos tersos. Allá va la ilustre, allá va la vencedora.

Pero ¡ay! un día el héroe que tripula el menudo esquife, asoma su faz sobre la transparencia de las aguas y como *Rip-Rip* descubre que su dorada barba ya es de plata y que los verdes pámpanos no coronan ya sus sienes. Así, ¿todo ha concluído? Los gritos de victoria, las aclamaciones populares, las músicas marciales, las felicitaciones entusiastas... ¿Ya en la copa de los brindis no hay más que lágrimas?

El cielo está azul, la mañana serena, como el día que del puerto partiste, ¡oh navegante! El mismo buen sol manda su escuadrón de átomos cárdenos á través de los espacios, la ola teje su encaje de espumas, y á lo lejos la tierra, la anhelada tierra prometida, se esfuma en una indecisión soñadora. Eres el mismo, ¡oh mar! ¡oh sol! eres el mismo. Sólo tú has cambiado: tú llevas contigo otro. Placer del recuerdo, por ti vivimos, por ti somos. Y ahora ¿qué nos resta? La dulce sonrisa plácida del viejo maestro, el chambergo de medio lado, el olvidado café en el que apuramos escondidos nuestra bebida de irisaciones ambarinas.

¡Italia! El viejo maestro, el que en otros días paseó su gloria triunfal de ciudad en ciudad y de nación en nación, se refugia en el pequeño cementerio en el que duermen sus muertecitos el eterno sueño. Tal vez él deseaba ir á terminar allí la jornada, obscuramente, humildemente, como ahora va á ese café que no le dice nada de su existencia, de sus grandes alegrías. Todas las primaveras el suelo se cubría de flores, mientras él

proseguía su loca carrera, delirante. Y se le representa aquel lugar del profundo olvido como una aspiración irrealizable, como un imposible sueño.

Y el viejo maestro se sonríe con su bondad sana, en el fondo de aquel café, olvidado, solo, mientras su pensamiento se escapa lejos, muy lejos, en un abandono de la realidad, y el cantinero le lanza su burlesca frase de inconsciente sarcasmo: ¡Oh Italia!

◆

¡Maldita!

Y la veía, la veía siempre, allá, en el fondo de la vaga onda de incienso, la roja cabellera esparcida, los labios carnosos, húmedos de besos, las pupilas lucientes, interponiéndose entre su trémula plegaria y la lívida faz del Cristo, que oscilaba entre las flámulas de los cirios. Y el mísero cerraba los ojos, se dejaba ir en aquella corriente perfumada de flores frescas que rebosaban los vasos, en aquel adormecimiento vaporoso, mientras el órgano desplegaba sus alas sonoras, su himno amenazante como la voz de una tormenta lejana. ¡Ah! ¡Aquella visión! ¡Aquella visión impía! Llegaba á sus oídos la oleada susurrante de los rezos, el ronquido atenuado de la multitud que llenaba el templo y que lo arrullaba un momento como un rumor de palmas en un bosque tropical. Y la vibradora campanilla hacía inclinar las cabezas, como una hoz que

tronchara un campo de trigos, y el susurro se iba extinguiendo, hasta perderse en los sigilosos ecos de las bóvedas silenciosas. Entreabría entonces los párpados y la mirada se le perdía en irisaciones de luz, en blancas ráfagas, en matices movedizos. La pedrería de su túnica resplandecía como un sol, y en sus manos diáfanas la Hostia se alzaba con transparencias de rayo de luna. Y entre ella y Él, se alzaba siempre la provocativa cabeza de roja cabellera y de boca carnosa, la visión aterradora, la de sus eternas noches de insomnio, la de los besos apasionados y pupilas lucientes... Y su memoria huía de sus labios, en donde la oración se posaba como un ave; viajaba soñadora, errante, mientras el Cristo de faz lívida contemplaba desde lo alto el naufragio de aquella alma.

Era Abril; en los campos, el soplo de la primavera había hecho estallar los gérmenes y circular sangre joven por los añosos troncos: era Abril. En las ventanas, las enredaderas tejían sus marcos de verdura, y las ráfagas arrastraban caricias de vírgenes ideales. Allá, en la blanca

casita sonrosada por los primeros rayos del sol, esperaba impaciente la amada cabeza de rojizos destellos, la loca pasión selvática de aquel espíritu, la desposada de sus primeros ensueños... Y después, la traición, el abandono, las eternas noches, el hundimiento de la vida, el ansia de soledad y el misticismo envolviéndolo con sus negros crespones. Después... después... Aquella otra mañana de otro Abril triunfante: la campana haciendo oir su lento tañido, la multitud invadiendo el templo, la oleada de los rezos, y el joven oficiante con los ojos extraviados y los labios mudos á la plegaria, elevando la Hostia entre sus manos diáfanas, en tanto que allá, en el fondo de la vaga onda de incienso, se alzaba la provocativa visión, la impía, la maldita, poniendo en sus labios la tentación de un beso largo y apasionado, en un segundo de indefinible deleite nunca gozado... Y el órgano desplegaba sus alas sonoras, su himno amenazante, como la voz de una tormenta lejana.

At home

Llueve. El refrescante licor teje hilillos sutiles que rayan á trechos los manchones negros esparcidos por el horizonte: las gotitas de agua picotean alegremente los cristales de la vidriera, una nube abre sus ojazos sombríos y desfleca la corriente de sus lágrimas; una parvada de pájaros se columpia en el polvillo menudo del chaparrón; en las calles, el agua corretea y salta, con movimientos locos y ondulaciones vagas. La luz de la tarde se disuelve en tonos cenicientos, se abrillanta en el plano de una vieja tapia, se esfuma bajo las ramas de los árboles que agitan —estremecidos al contacto de la lluvia, —su cabellera; hace su *flirt* discreto alrededor de las aceras, se va muriendo poco á poco, como una joven anémica falta de globulillos rojos. La tierra toma con delicia su baño de regadera; se ha levantado muy tempranito, se ha prendido su

290903B

tocado de flores recién abiertas, se ha ruborizado á los besos del astro de fuego, y ahora recibe su duchazo con deleite indecible; mañana amanecerá más hermosa, cada latigazo de agua hará saltar en su rostro nuevos colores.

¡Llueve! ¡Llueve!

Los arroyuelos entonan su canción rítmica; van murmurando secretos susurrantes, tenues secretos que las nubes han abrigado en sus gasas; leyendas de regiones albas, cuentecillos sorprendidos en los nidos, diálogos escuchados en los rosales; y allá van, allá van en copitos de espuma, en cascadillas sonoras, en remolinos vivaces... Van con las ondas inquietas que arrastran hojas desprendidas de las ramas, tapones de corcho, fragmentos de periódicos...

Y las corrientes se ensanchan, se ramifican, se unen en abrazo estrecho, se deslizan á lo largo de una callejuela, á paso forzado; ya se detienen, vacilantes, ante inesperado obstáculo, hasta que las gotitas que vienen detrás se empinan, forcejean, empujan á las que marchan á la vanguardia, y la charca, haciendo un supremo

esfuerzo, brinca, se precipita, impaciente de espectáculos desconocidos, ebria de movimiento, loca de vida.

En estas tardes, el libro nuevo os espera en vuestra mecedora de junto al balcón; la desleída claridad del cielo parece como que prepara vuestro espíritu á las impresiones, como que habéis roto con esa vida de todos los días y sois más íntimamente vuestros.

Pero acontece que el tomo se os cae de las manos, que no os agrada aquella disciplina intelectual á que el autor os obliga. Acaso pensáis entonces que en los libros está todo muy «arregladito,» ó muy desarregladito; que los renglones están en línea recta, las letras muy ajustadas; que «donde debe haber coma, hay coma, y donde debe punto, hay punto.» ¿No os ha ocurrido á ocasiones rectificar el desenlace de una novela, acomodarlo á vuestra fantasía?

¡Y qué satisfechos quedamos entonces de nuestra tarea revisadora y providencialista! ¡Cómo nos reconcilia esta fe de erratas de la vida! ¿No es nuestra imaginación la eterna buena hada que todo lo

remedia? ¡Cuántos males no hemos eliminado con ella! Pero suprimir el mal, ¿no sería el más grande de los males? Si la maldad no existiera, ¿cómo conoceríamos la bondad? ¿Qué empleo tendrían las virtudes y los actos heroicos y las grandes acciones nobles?

Además, que la maldad absoluta no existe. No hay hombres resueltamente malos, como no los hay resueltamente buenos. Todos somos buenos y malos á ratos, dentro de éste ó de aquel orden de ideas.

Y de aquí procede que alguna vez sorprendamos en el fondo de nuestra conciencia un movimiento extraño á nuestra conducta moral. Es la *bestia* que se descubre. Ignorábamos que tuviéramos dentro ese fermento morboso, esa protoplasma de fiera, y nos quedamos admirados al ver cuán fácilmente hemos podido formular un deseo que derriba todos nuestros elevados principios altruístas.

¡Cómo! ¿he sido yo el que ha acogido sin protesta este repentino sentimiento de egoísmo? Luego... ¿soy malo? De mi firme voluntad ¿qué resta? Nada ó casi nada.

Un incidente, el más trivial, puede hacerla naufragar. ¿Qué es, pues, el bien? Cuando la lluvia desciende á las siembras y refresca la tierra, el grano se amontona en la troje y flota aliento de paz en todas las conciencias. Pero que la nube pase de largo, que hinche el viento sus velas, que las gotitas de agua no picoteen alegremente los cristales de la vidriera, y entonces habrá cólera en todas las miradas, odio en todos los corazones y amenazas en todos los puños.

* * *

¡Que cante el aguacero su himno sonoro! La luz cenicienta de la tarde se disuelve por momentos, va á desaparecer la virgen anémica, la lluvia teje sus hilillos sutiles, rayando á trechos los manchones negros esparcidos por el horizonte, los pájaros se columpian en el polvillo menudo del chaparrón; el libro se os cae de las manos, y en la mecedora de junto al

balcón, os complacéis en dejar ir la fantasía, viendo cómo los arroyuelos corren y se precipitan en copitos de espuma, en cascadillas sonoras!...

⁂

Madonna mía!

—Sí,—dijo mi amigo, humedeciendo sus labios en el pequeño vaso de wiskey que tenía delante;—sí, es ella, es mi *Madonna*.

Y un chisporroteo irónico punzó de sus claros ojos, de miradas tenues.

Habían pasado delante de nosotros, envolviéndonos en un ambiente de simpatía, casta y suave: ella, alta, pálida, soñadora, casi transparente; y él, el padre, con su gran levita abotonada, su rostro severo, de viejo héroe, su blanca testa erguida, su noble continente y su andar reposado. Apenas contestaron, con un ligero movimiento de labios ella, él con una leve inclinación de cabeza, al saludo ceremonioso, frío y casi despectivo que les dirigió mi amigo. No habían dado cuatro pasos, y Ernesto lanzó una bulliciosa carcajada. Y como me pareciese un acto de mal gusto, casi una profanación,

me arrastró á una cantina, y allí, frente al oro pálido del licor americano, me refirió toda su historia.

Ernesto había salido hacía dos años del interior de su provincia. Era uno de tantos muchachos ricos, que en el fondo de una *hacienda* sueñan la novela de la vida, se dejan ir en alas de la fantasía, y una hermosa mañana llegan á la capital con su bagaje de frescas ilusiones.

Temperamento demasiado exquisito, fino y apasionado, Ernesto, no atravesó esa etapa, malsana y depresiva, de los amores fáciles y las estruendosas orgías. Seis meses habían transcurrido y mi amigo no había recibido otras impresiones que las de dos ó tres buenas sonrisas que á su paso le arrojaron dos ó tres desconocidas, el apretón de manos cambiado en una vuelta de vals, ó la curiosa mirada de alguna reina de los salones, habituada á agrupar en torno suyo una corte banal y frívola.

Decididamente el sueño de la provincia se hacía esperar mucho y Ernesto iba encontrando la gran ciudad un poco aburrida.

Un día... no, fué una noche, en la insubstancialidad de una fiesta, de una de esas alegres fiestas que tienen el privilegio de fatigar enormemente el espíritu, Ernesto iba á esquivarse de aquel torbellino incoloro, cuando, al penetrar en una pieza solitaria—se bailaba el cotillón en la sala,—vió desprenderse del cuadro de una puerta una silueta femenina, que avanzaba á su encuentro. A dos pasos, mi amigo no pudo reprimir un grito de admiración. Todo lo que sus largas horas de vida de la imaginación, allá en los inacabables años de impaciente anhelo, había él idealizado, de suave, de tierno, de uncioso, se realizaba en aquella criatura, que pasó delante de él, rodeada de su gracia mística, en su belleza frágil y como soñada.

...¿Para qué prolongar la historia? Mi amigo se quedó aquella noche en la casa y vino á ella de nuevo, y ya la luz del alba no le sorprendía cansado é indiferente, sino en un éxtasis de adoración, en una apoteosis de gloria que se esparcía de él, llenando todo el universo. Y siempre en el fondo de aquella harmonía vi-

brante de las cosas, surgía la blanca figura, la pálida silueta, casta y suave, rodeada en su gracia mística, en su belleza frágil y como soñada.

A pocas noches, un complaciente, uno de esos amables Teseos de la Creta de los salones, orientó á Ernesto hacia la joven, y el idilio comenzó, un idilio que tenía por marco las amplias salas iluminadas, los grandes espejos biselados, los hombros al descubierto, las diademas de brillantes, los enormes candelabros, el *fru-fru* de las sedas, el rumor de los abanicos y el estallido de las carcajadas. Y la vida de Ernesto se tornó de una diafanidad luminosa, de un deleite casi místico, como en una oración que recogiera el cielo, como en una plegaria que ascendiese al Ideal eterno.

Y reía, reía ahora, al evocar estas memorias, con una risa convulsa y sarcástica, mientras humedecía sus labios en el pequeño vaso de wiskey que tenía enfrente.

¡Oh mi *Madonna!* ¡Mi blanca virgencita! ¡La soñadora! ¡La pálida!

* * *

...Aquel día Ernesto consagró á su persona mayor atención que de ordinario. La noche anterior, el padre, aquel viejo severo, de blanca testa erguida y noble continente de héroe, le había brindado un asiento en su mesa. Y mi amigo iba allá, con una palpitación de placer, estremecido, sintiendo latir todas sus fibras en un himno triunfal, en un ritmo desbordante de dicha.

Lo recibió el anciano con su aspecto grave, y lo presentó á otros dos señores, de fisonomías como la suya, serenas y reposadas, dos bustos escapados de un cuadro de Rembrandt. A poco apareció la joven y pasaron al comedor, una piececita alegre, de anchos balcones, por donde la luz entraba á borbotones, reluciente y fresca, con sus aparadores de ébano, en los que la cristalería lanzaba sus reflejos irisados. Se acomodaron y comenzó la comida.

La conversación, al principio vacilante y tímida, tomó á los postres un

andar ligero, flexible, bullicioso. Mi amigo fué entrando, poco á poco, en la placentera corriente. ¿Qué había entonces en los ojos de la pálida virgencita, de incitante, de provocativo, de resuelto, que jamás Ernesto había visto en ellos? ¿Por qué extraños caminos aquella belleza frágil, suave, entró en un nuevo estado de conciencia — para él desconocido — en el que parecían cruzar todas las tentaciones y bogar todos los deseos?... ¿Cómo fué él perdiendo, lentamente, la idea de este cambio de sensaciones, hasta el extremo de dejarse arrebatar por este ambiente, que llenaba ahora el comedor, de botellas destapadas, de vaho de café y de promesas de besos?... Mi amigo no lo sabe. El caso fué que no le pareció anormal la proposición del padre, cuando la *Madonna,* al inclinarse para ofrecerle un terrón de azúcar, rozó con sus rizos blondos las ardientes mejillas del invitado:

—¿Jugamos?

Y en un minuto se recogieron los manteles, apareció una baraja en manos de uno de los viejos y el *monte* quedó insta-

lado. ¿Y después? Ernesto perdió lo que llevaba consigo, y como avergonzado, balbuciente, pretextara que se le habían agotado los fondos, el padre, el viejo héroe, el de rostro severo y blanca testa erguida, le lanzó esta proposición, á quemarropa, irónicamente:

—Para usted hay caja.

Y los ojos de la *Madonna* continuaban brillando con incitantes promesas.

Para terminar, salí de allí con una fuerte deuda, convencido de haber sido vilmente estafado por aquellos tres viejos y aquella niña de gracia mística, pálida silueta, envuelta en su belleza frágil y como soñada. El ensueño se había desvanecido, el encanto borrado.

Más tarde he sabido que la historia—*mi historia!*—con sus éxtasis y sus plegarias, había sido repetida antes de mi llegada de la provincia, en la llegada y después de la llegada. ¡Hay tantos soñadores provincianos que se dejan sugestionar por *Madonnas* de rostros pálidos, casi transparentes, y viejos héroes de blancas cabezas erguidas!...

¡A ver, mozo, otra copa de wiskey!

Confidencias

Sí, mi buena amiga, no me seducen esas esculturas de carne, espíritus tranquilos que tienen la limpidez de los arroyuelos, almas que están siempre en oración, que viven una existencia de éxtasis, de arrobamiento místico, de ensueño vagoroso y tibio. Son flores de invernadero, organismos débiles que no conocen la dicha contenida en estos repentinos incendios de rebeldía que estallan en los temperamentos fortificados por la lucha y para luchar creados. La dulce serenidad de la vida, la que se arrastra pesadamente y huye del ruido y se recata, acaba por parecer fatigosa. Se duerme agradablemente á la sombra de una añosa encina cuyas ramas se columpian como incensarios; pero es hermoso también ver cómo el azul del cielo se resquebraja y fulgura en el obscuro de lo infinito, como espada flamígera, el relámpago, y el rayo agrieta

la extensa bóveda. De estos bruscos cambios de luz, de estos rápidos saltos, se forma la felicidad, que es un contraste. ¡Qué castigo cruel, qué dura pena la de contemplar una naturaleza uniforme y presenciar el mismo panorama!

La tarde cae: en el viejo bosque los ruidos se van apagando, como envueltos por una ligera gasa, como opacados por un velo de niebla; las últimas aves, las rezagadas, trazan en el aire sus firmas cabalísticas, sus misteriosas leyendas; y allá, á lo lejos, blanquea el humo de la casa y punza la claridad rojiza del espacioso hogar, que guía al caminante. ¡Ah, el sabroso beso que estalla en vuestra boca y los flexibles brazos que ciñen vuestro cuello! Os asomáis á las diáfanas pupilas como á un río que arrastra arena de oro; escucháis el latido de aquel corazón en donde vibra rítmicamente el amor; podéis en aquella frente espigar las ideas, sorprender los sueños. Y luego, ¡todo en su sitio! La poltrona donde la dejasteis, el taburete á los pies, el gato ronroneando plácidamente, el libro abierto en la misma página, el ramo de boj proyectando su

fantástica sombra sobre el muro, la pipa á vuestro alcance... todo lo mismo que aquella alma, todo catalogado, los afectos como los muebles, las sonrisas como los objetos. Podéis llevar vuestra cuenta: uno, dos, tres... nada falta. ¡Sí, algo falta! os falta una ráfaga de viento que apague la alegre llamarada, destroce la pipa, vuelva la página del libro, desprenda el ramo de boj y asuste al gato; os falta una mirada de reproche, un beso negado; falta un oasis doloroso en aquel desierto de la dicha.

Así, mi buena amiga, por ausencia de sensaciones, por no renovar el aire, mueren muchos amores. Un cansancio enorme se apodera de los espíritus, esa carencia de actividad los consume poco á poco, y un día se sienten poseídos del dolor inmenso de no sentir dolores. Somos crueles, somos injustos con la primera, eterna tragedia de nuestra alma; aquella primera mujer que nos engañó, la que ha dejado sedimentos amargos en la copa de la esperanza, nos hizo sufrir mucho, pero nos hizo mucho bien. ¿A dónde os habéis ido, generosos impulsos,

abnegaciones desbordantes, piedad suprema, heroico sacrificio? Buenas lágrimas que os caían sobre el corazón, sollozos ahogados en la almohada, noches de fiebre, ¿dónde estáis? ¡Qué lejos! ¡Qué lejos!... ¡Y todavía maldecimos aquel recuerdo!

* * *

Amar sencillamente, plácidamente, es sano, es higiénico; se conserva el hígado, se adquieren hábitos recomendables,—el uso de las zapatillas dentro de casa, el gorro de dormir, la bata,—todo esto conserva la vida, no ocasiona desarreglos en las vías digestivas; pero ¿esto es amor? ¡Oh desconsuelo! ¡Acomodar esta página humana á las funciones de un reló de sobremesa! La manecilla señala invariablemente las horas, la campana hace oir su sonido estridente; se le da cuerda cada veinticuatro horas... y asunto arreglado.

No, la buena casita perdida en el bosque, la que os brinda paz y fuego, la de los besos cronométricos, os oprime como una cárcel, os arrebata fuerzas, os des-

gasta, os aniquila. Un día, acabáis por estrangular al gato, hacer añicos la pipa, arrojar el libro á las llamas, tirar la poltrona por los aires y huir de los brazos flexibles que os ciñen el cuello.

Es hermoso escuchar la confesión ruborosa de la niña á quien amáis. Pero es mucho más hermoso todavía oir decir á la mujer que os ama: ¡Oh, te aborrezco!

◆

El vengador

.....—¡Sí, señores jurados, aquella mujer, aquella anciana, era mi madre!—Me acerqué á su lecho silenciosamente, en la sombra, y escuché... escuché... ¡Dormía!

Su respiración tranquila, igual, semejaba las oscilaciones de un péndulo. Puse mi mano sobre su corazón; se estremeció ligeramente y un calosfrío corrió á lo largo de su cuerpo... Afuera, el viento gemía en ráfagas siniestras y la lluvia golpeaba á intervalos los cristales de la ventana.

Transcurrió un minuto... un siglo...

De pronto, el recuerdo de la ofensa, de la horrible ofensa, se agolpó á mi cerebro, inundándolo con resplandores rojizos como las olas de un mar de fuego...

Mis manos se crisparon, las llevé á su garganta y apreté... apreté sin compasión.

Un salto brusco, una convulsión, un sollozo ahogado en el terrible lazo... Después... nada! Músculos que se alacian, nervios que se aflojan, una blandura de seda, una laxitud extrema, un desvanecimiento de la vida... Aparté mis manos, caí de rodillas y me puse á llorar...

¿Cuánto tiempo pasó así? No lo sé. Ya el viento no hacía oir su grito agudo y la luna se deslizaba en el manto transparente de la noche. Un rayo jugueteaba tristemente con la blanca sábana de la muerta.

Me acerqué con curiosidad.

La lucha había dejado leves rastros: la boca contraída dejaba asomar un puntito sanguinolento, los párpados cerrados parecían arrullar un sueño místico, un brazo pendía de la cama.. ¿Estaba realmente muerta? Me aproximé á ella y puse de nuevo mi mano sobre su cuello: ya la arteria no latía. ¡Sí, aquello era la muerte!

Y una rabia loca, una rabia de muchos años, una fiebre de vida despedazada, hundida, un rencor de largas noches de vela, me invadió con el deseo de apoderarme de aquel cadáver y pisotearlo y

despedazarlo... ¡Ah! aquella impura carne fué la que nos manchó á los dos, á él, dormido ya para siempre en su rinconcito de tierra blanda, y á mí, el de triste juventud marchita, que iba arrastrando mi dolor y mi deshonra. Y traje á mi memoria la lenta agonía del esposo abandonado, el hogar desierto, las eternas noches, los sollozos punzantes y las blasfemias impías!

Una noche, mi padre, mi pobre padre enfermo, yo, muy niño, la miseria... el delirio... Y al amanecer, él, moribundo... yo, pidiendo pan... mientras ella tal vez dormía su sueño orgiástico en algún salón dorado y el sol se reía insolentemente de estas infamias.

Otra vez—¡siempre la noche!—la escena cambia: una taberna, cantos obscenos, hambre lúbrica, harapos canallescos... Entré allí para embrutecerme y pedí alcohol... ¡Alcohol!... ¡Ah! Esto era muy hermoso, muy hermoso! La vida se tornaba diáfana, flotaba en una corriente vaporosa, un goce inefable cantaba dentro de mí, la sangre bullía en mis venas, corría, saltaba...

Visiones acariciadoras venían á posar

sus labios ardientes en los míos, me quemaban con su aliento, trazaban círculos á mi alrededor, danza enloquecedora, incitante, vertiginosa, que atraía y deslumbraba... Y yo reía, reía brutalmente, estúpidamente, mientras mis brazos se tendían y anhelaban estrechar aquellos cuerpos de llamas y fundirme en aquella hoguera... De pronto, una mujer pasó!... ¡era ella! ¡mi madre! La boca animada por una sonrisa de deseos, los ojos inflamados, desceñida la ropa... Y me levanté de mi asiento... y no sé cómo ví brillar algo en mi mano... y perdí toda conciencia!

Al día siguiente, en mi cuarto de estudiante pobre, agraciado con una *beca* por el poder público, — caridad oficial destinada á hacer pensar y conocer la propia miseria, — supe que la noche anterior, en alas de la embriaguez, había tratado de herir á una miserable criatura que se acercó á mi mesa con el ansia de un puñado de monedas.

Juventud... Primavera... ¡Oh fúnebres compañeras de mi triste vida! ¿Por qué arrancarme del cieno en que me revol-

caba y aumentar mi dolor? Encanallar me, no pensar, volver al primitivo origen, tornar al lodo! ¡Mi deprimente, mi buena ignorancia! Y á cada nuevo amanecer, la herida sangraba más, era más honda, más profunda! Sensibilidad depurada con la educación, refinamiento moral, que corre al par que el desarrollo de la inteligencia! Cuántas veces me complacía en vestirme de mendigo y deslizarme entre esa turba de desheredados de la conciencia que pasea indiferente sus abyecciones! El lodo que me salpicaba el rostro, el latigazo del cochero para apartarme del arroyo, me volvían á la realidad. ¡Apretaba los puños y lloraba como un niño!

Venía el sueño á atraerme, en la alta noche, vencido por la crisis; pero el recuerdo no moría. Bajaba de lo alto la amada cabeza grave, la del moribundo, y vertía sus lágrimas sobre mi pecho. Veíalo sobre su lecho de martirio, delirante y trémulo. Y sus labios, como rosas blancas, se entreabrían para pronunciar un nombre: ¡el de ella, el de ella que me lo mataba! Y yo me acercaba en silencio,

como me acerqué al lecho de aquella mujer, y ponía mi cabeza al lado de la suya, como queriendo fundir en una nuestras desdichas y en uno nuestros rencores, como creía hacer una de nuestras dos vidas. ¡Y la suya me había abandonado! Como nos abandonó ella á nosotros, aquella mañana de primavera en que la onda pérfida de la savia nueva incendió las venas de su organismo.

Y el querido fantasma, de pie, pálido, triste y silencioso, me aguardaba todas las noches, vigilante y pertinaz, al borde de mi cama, y cuando el plateado amanecer trazaba hilos de luz, me enviaba un último beso, y se iba, envuelto en su amargura eterna y en su tragedia palpitante. Y así muchas noches, y muchos días, y muchos años... ¡un siglo! hasta que Dios, Satanás, el cielo ó el infierno—no importa qué—me hicieron descubrir la guarida de aquella mujer... y... una noche... Ya saben los jurados lo demás.

Y desde entonces, ya la venerada sombra no aparece, no viene de la región del misterio á recordarme su prolongada tragedia.

El que del sueño brotó, volvió al ensueño; la que materia fué, tornó á la materia. ¡Oh mis noches, mis tristes noches!... ¡Ya no volveréis á enloquecerme!...

◆

Guitarras y fusiles

Sobre la cubierta del fatigado *steamer*, una oleada de juventud, una alegre oleada de vida, se arremolina en tumulto, mecida rítmicamente por el vaivén de las aguas. La inquieta caravana ha partido, en un vuelo heroico, dejando detrás de sí, en las tenues lejanías del Oceano, sus buenos días felices, la gallarda cruz de la parroquia, las praderas color de esmeralda, los montes azules, los blancos cabellos de la madre y las morenas guedejas de la enamorada. Todo quedó atrás, todo se lo tragó aquel monstruo: rubias tardes serenas, pálidas noches estivales, acres alientos de los bosques, vivas impresiones de la *tierruca*, enlazadas como lianas al espíritu, ecos de bandurrias, y besos voraces estallando á través de las rejas. ¡Ay, madrecita mía! ¡Cómo devoró el mar aquella presa! Allá va la estela del navío, disolviéndose en la movible

superficie, allá va su alma, mientras la enorme bocaza arroja borbotones de humo negro, que culebrean en el aire, para desvanecerse en el ala diáfana de los cielos. Y el *quinto*, asomado á la barandilla del buque, ve pasar sus recuerdos con las olas; aquella grande, inmensa, se le representa su montaña, la altiva, la osada, la que le quitaba un pedazo de horizonte; la otra, coronada de copos de espuma, los almendros en flor de la huerta; esa, lenta, ondulada, remeda un campo de trigales, cuando todavía el sol no ha dorado las espigas. ¡Y cuántas lágrimas! ¡Cuántos sollozos en el cortejo! ¡Adiós! ¡Adiós! gritan á los que se quedan. ¡Adiós! ¡Adiós! á los que el buque deja detrás de sí. Y el pobre mozo siente que se le cierra la garganta y su mano convulsa oprime el único amor que le resta de sus amores perdidos, la sola compañera de sus tristezas, la que le habla de la gallarda veleta de su parroquia, de sus praderas color de esmeralda, de sus montes azules, de los blancos cabellos de su madre, y de las morenas guedejas de la enamorada: la guitarra.

Y el mísero hace vibrar las cuerdas del instrumento, y su copla, doliente y huérfana, — huérfana como él, doliente como su espíritu, — parece que le une por invisible reguero á los amados ausentes, á los que tal vez ya no llegará á ver en el mundo, á los que abandonó una tarde de primavera, cuando su novia le pedía rosas frescas para su cabello y las huertas se las brindaban á millares. Y el mozo canta alegremente, deja ir su alma en la sonora estrofa que la hélice acompaña con sus chirridos siniestros.

* * *

Una vez *allá*, en la tierra enemiga, en donde el suelo vomita fuego y el sol introduce en las carnes sus rayos bermejos, le arrancarán la guitarra de las manos y le pondrán en ellas un fusil.

Le dirán cómo se esgrime el arma, le enseñarán á matar, le harán que ame la sangre, y herirá y matará, sin saber si esos á quienes hiera y mate tienen como

él una madre, y un monte azul y una enamorada que los espera. ¿Qué sabe él? Le dijeron un día que hay un jirón lejano de patria, separada por aquel monstruo de movibles escamas; que era preciso defender aquel pedazo de tierra, y allá va el buen mozo dispuesto á hacer el sacrificio de su vida, alegremente, valerosamente, mientras el mar lo devora todo y la negra bocaza arroja negros borbotones de humo.

* * *

¿Y por qué no? Acaso vuelva un día, como él ha visto que han vuelto otros. ¡Ay! La tez amarillenta, las piernas vacilantes, las manos descarnadas, los ojos fríos y como sin mirada, los pómulos hundidos, el cuerpo encorvado, acaso lisiado... Llegará, así, arrastrándose, con su licencia terciada á la cintura, en una bella tarde de primavera, en que los almendros estén en flor en las huertas y los prados brinden sus rosas... Y así, paso

á paso, verá destacarse la gallarda veleta de su parroquia y sus montes azules...

Pero al preguntar por la cabeza de cabellos blancos, lo llevarán á una cruz que extiende sus brazos en el cementerio, y al buscar aquellas morenas guedejas para las que hizo una diadema de flores frescas, se encontrará con un buen hogar en el que resplandecen unas cabecitas rubias que un hombre fuerte y joven oprime con sus nervudos brazos, y una mujer que contempla en éxtasis aquel cuadro.

Y entonces, en el silencio de la tarde, surgirá una copla doliente y huérfana — huérfana como él, doliente como su espíritu — y el pespunteo de una guitarra — que parecerá decir: ¡adiós! ¡adiós!

—¡Adiós, únicos amores de mi vida! ¡Ay madrecita de mi alma!... ¡adiós! ¡adiós!

⁂

Índice

	Págs.
Dedicatoria	5
Por qué la mató	7
Catalepsia	17
El primer esclavo	25
Sub lumine semper	35
La autopsia	43
Una duda	53
La muerte del «Maestro»	61
El centinela	67
Cavilaciones	75
El viejo maestro	83
¡Maldita!	91
At home	97
Madonna mía!	105
Confidencias	115
El vengador	123
Guitarras y fusiles	133

◆

BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE SALVAT É HIJO

294, CALLE DE MALLORCA, 294

1901

wm

MAR 13 1945